

PEDRO RIVERO



EL MAR DE LAS PERLAS

Cuadernos Literarios

Asociación de Escritores Venezolanos

3★9

Editorial Elite

Caracas-1943

Asociación de Escritores Venezolanos

Presidente:

PASCUAL VENEGAS FILARDO.

Vicepresidente:

CASTO FULGENCIO LOPEZ.

Secretario General:

ALEJANDRO GARCIA MALDONADO.

Secretario de Propaganda:

ISABEL JIMENEZ ARRAIZ.

Tesorero:

WALTER DUPOUY.

Subtesorero:

PABLO DOMINGUEZ.

Bibliotecario:

RAFAEL CLEMENTE ARRAIZ.

Director de Publicaciones

JUAN LISCANO.

Consultor Jurídico:

J. M. PEREZ MACHADO.

Tribunal Disciplinario:

GUILLERMO MENESES. — JULIAN PADRON

MARIO DE LARA.

Apartado Postal 329.

Caracas,

Venezuela.

EL MAR DE LAS PERLAS

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Prosa:

EL LIBERTADOR.-Tipografía "La Nación".—Caracas, 1941.

Verso:

EL MAR DE LAS PERLAS.—Cuadernos de la Asociación de Escritores
Venezolanos.—Editorial "Elite".—Caracas, 1943.

POR PUBLICAR:

Prosa:

CRISOL.

Verso:

CIUDADES Y OTROS POEMAS.

PEDRO RIVERO

EL MAR DE LAS PERLAS

...En esta isla de cristiana gente...

Juan de Castellanos.

Año de 1560.

Sicut Margarita Pretiosa.

Felipe III.

Año de 1600.

...A la madre de perlas Margarita...

Lope de Vega.

Egloga Piscatoria.

Siglo de Oro.



Cuadernos Literarios

Asociación de Escritores Venezolanos

Editorial Elite - Caracas - 1943

Esta edición de 1.500 ejemplares
es propiedad de la A. E. V.

Printed in Venezuela.

Impreso en Venezuela.

DEDICATORIA

A
la memoria de mis padres
el Capitán de Navío don Pedro Rivero
y
doña Dolores Navarro de Rivero
oriundos como yo de Margarita
la isla bella y heroica
Perla y flor de Venezuela
P. R.
Porlamar 1942

PROLOGO

ARRIBADA

Pedro, Rivero nació en Porlamar, Isla de Margarita, el 3 de enero de 1893. Licenciado en Derecho Diplomático, ha sido en su carrera Oficial y Vicecónsul en Nueva York, Cónsul y Oficial Cónsul General en Inglaterra, Delegado Gubernamental a la Conferencia del Trabajo, en Ginebra, Jefe de la Oficina de la Sociedad de las Naciones en la Cancillería Venezolana, Secretario de la Legación y Encargado de Negocios en Washington, Secretario del Ministro de Relaciones Exteriores; y, al presente, Director de la Biblioteca del mismo Despacho. Su obra literaria está en su mayor parte dispersa en diarios y revistas. Es miembro activo de la Asociación de Escritores Venezolanos y Secretario de Correspondencia del *PEN* Club de Venezuela. La Corte Suprema de La Asunción lo nombró para el presente año Representante Principal del Estado Nueva Esparta en el Supremo Consejo Electoral de la República.

He aquí el caso peregrino de un poeta que nos llega en una fogarada de leyenda, al modo antiguo que al poeta le asignaba connivencias aterradoras con lo sobrehumano. El poeta era siempre el ente que algo había pactado con el diablo, y cuando se llegaba a los rosales de la creencia era porque se había fatigado la planta por los floridos senderos de la culpa, bajo la racha azotadora de la vieja rebeldía satánica. Pero esta fogarada, en la que nos llega nuestro poeta, cumple en su magia el caso extraordinario de dejarnos una construcción pulcra y precisa, una realidad humana y celeste; pues, por los caminos humanos del dolor y del sentir generoso, se nos ha vuelto hecho humilde y cotidiano la imposible fatamorgana de todas las horas de la mocedad y buena parte de la juventud.

Hay un misterio profundo de elaboración de la que no se tenía sospecha y de alcanzamiento, como por razón de milagro, en este claro y preclaro relicario de poemas que ahora nos presenta, como único resumen de su vida, el evasivo Pedro Rivero, del ribete de dandy y del gusto acicalado, puntilloso y calculadamente irresponsable. El sujeto trashumante y catador de esencias sutiles y de las metafísicas elegantes y decadentes, aquí se nos aparece en su ser natural, que, maravillosamente, mantenía intacto; y abre la vena,

candorosa y fecunda, para el amplio, para el gozoso y humano fluir del agua libre de mancha, sonora y dolorosa como don magnífico, clásica en su excelencia y clásica en la humanidad suya.

Pedro Rivero se dió a los afanes de la literatura apenas asomado a la razón. Era el típico muchacho que descuida los estudios y aún se desentiende de diversiones y ajetreos atropellados, para hartarse de lecturas en desorden, en las que, más que nada, cuenta la cantidad, y para, luego, desentenderse de toda la existencia, en el vértigo de emborronar cuartillas y en los desenfrenos de la insaciable imaginación.

La falta juvenil y el delito de mal estudiante, sin embargo, no envenenaron la vida del poeta y encontraron acogida o respeto heroico en el ancho puerto del hogar, en donde la tradición de trabajo, de hidalguía y de valor no podía ser sino tierra propicia y cielo abierto y purificador para todo empeño generoso. Este mismo material humano, de primera calidad, lo hemos visto después, en su limpia inmortalidad, reaparecer como el tema y la fuente mejores del poeta, en la hora de su propia conquista.

Los años jóvenes de Pedro Rivero fueron demasiado fáciles para que él no cediera al reclamo de aquella especie de bohemia elegante, con aguardiente caro y atuendo de refinamientos y diletantismo de jactanciosa importación. Para entonces, el poeta casi no tenía que ver con sus canciones y su verdadera obra estaba en mantener debidamente la apariencia exterior, la decoración complicada que habíamos elegido en los recetarios estéticos que nos venían en los correos de Francia.

Porque de allí nos llegaban también las guardarropías inglesa, alemana e italiana, y aún la misma española, que era sólo permitida muy de cuando en cuando y como rasgo de originalidad que, en breve, fatigaba, o del mal gusto que no se ocultaba por la misma mediocridad del actor. Sin embargo, la autenticidad de la fibra y de la personalidad, en Pedro Rivero, por su voluntad o contra su voluntad, le impusieron el trato de la literatura

castellana y le dejaron ese acervo profundo que ni los avatares mundanales e intelectuales lograron desvirtuarle después.

La cultura, adquirida a la buena de Dios y casi diríamos que por razón de un capricho que se había vuelto hábito, se le aumentó con la aportación valiosa de unos cuantos años de permanencia en los Estados Unidos y, especialmente, en Inglaterra. Allí se familiarizó también con los clásicos de habla inglesa y con buen número de autores contemporáneos. A nosotros nos parece que este fué un episodio afortunado, porque el choque de las dos mentalidades, de los dos espíritus, salvó al poeta de su fatal apartamiento de la buena línea intelectual, de caer en esa muerte o anulación de la fe en sus propios dioses que ha sido drama oscuramente repetido en innumerables personalidades frustradas en nuestra precaria vida literaria y artística. Igualmente, allí sin duda se le depuraron y diferenciaron las hondas resonancias personales, el tesoro mismo de la cultura latente bajo el pintarrajeado de los diletantismos y rebuscamientos para el gasto de las tertulias y capillas de los literatos.

Un detalle que es bueno no pasar por alto. Desde las primeras rimas, afeitadas y pulidas, de Pedro Rivero, con aquellos enneasílabos, de trote amanerado y aristocrático, se manifestó el escritor de buen gusto, el artista de fino olfato, la sensibilidad exquisita que, difícilmente, se equivoca, aun cuando, por sistema y por reacción automática, rehúya la problemática tarea de fiscalización y de crítica. Hasta en los vocablos que escogía, en el tono que lograba ser discreto en medio del rebuscamiento, se estaba mostrando la personalidad de valía y el espíritu del auténtico artista.

Precisamente, a través de toda la obra dispersa y sin unidad de Pedro Rivero, realizada con anterioridad a **El Mar de las Perlas**, unos cuantos poemas escritos en etapas distantes, recogiendo íntimas resonancias diversas o bien saboreadas impresiones artísticas, sin verdadero sello personal, hay ese elemento permanente del esteta, ese centinela del buen gusto, siempre atildado y vigilante, que viene a ser la característica mejor definida. Esa

fidelidad, por toda una juventud vibrada como corcel de fuego, debatida por el señorío de la personal inclinación, sin darle cuentas “ni a César ni a Pedro”, tiene una significación que, cuando venimos a comprender de un todo, es cuando llegamos a este libro total, este libro de toda la vida, que es ganancia resumida tras la siembra larga, bajo todas las rachas y todos los impulsos, pero lograda para la plenitud de la cosecha, fragante de naturalidad, de reconditeces humanas, en la pulpa sabrosa y nutricia de la buena madurez.

También hay otro aspecto por considerar. Pedro Rivero se embriagó, hasta la saciedad, con los acres licores de los poetas malditos. No eran propiamente confites pascuales los que bullían en los complicados y costosos pomos que se manufacturaban desde París. El diablo mismo en una botella, como en las historias de genios de los persas. Pero ahora un diablo malo de verdad y que se había adueñado de todo el saber y de toda la perversidad de los hombres. Un diablo corrompido y adulado por todo el mundo, como no se viera nunca personaje de realidad o fábula. Y con un sujeto semejante era con quien pretendían fraternizar Pedro Rivero y sus compañeros de aquellos días peligrosos. Pero la verdad es que el diablo nunca anduvo con estos tipos excelentes, con esta turba de ingenuos que no sabían ni encararse con el exceso de virtudes y de soserías aldeanas que se le enquistaban en las almas.

Así y todo, Pedro Rivero tenía una inclinación enfermiza hacia unos vagos misticismos, hacia cuantas extrañas posturas religiosas se asomaban a los escaparates de la actualidad, siempre que proclamaran una indefectible unidad con el mensaje del cristianismo. Y entonces fué la primavera de los deliquios búdicos, de las abismantes teorizaciones ocultistas, del correteo a lo oriental, con dioses y elementos eternos, y el navegar sin rumbo, hinchada, hasta la amenaza de catástrofe, la vela de la fantasía, por el mar infinito de las “nébulas gangéticas”. El discípulo del diablo rezaba el padrenuestro y se sumía en tontas extravagancias orientalistas, por estar preparado cuando sonara para las almas la hora indeclinable del pavor y de la justicia sin término.

Larga y tendida fué la derrota por mares encrespados en tempestades ciertas o fingidas. Y vino el bajel ilusorio o lo que fuere, pero florido de

banderines cómplices, a varar en la tierra, un si es no es olvidada, de la patria. Entonces Pedro Rivero se acomodó en su posición de gran aventurero, de hombre que ha cansado sus ojos en todos los países y sorbido las esencias profundas de la sabiduría santa y de la sabiduría maldita. Un gran gesto de pastor de estrellas que alumbran más allá del radio de los telescopios, se le comenzó a estereotipar ante la vida y ante la literatura. Por donde pasaba, iba dejando sus desperdigados rebaños de despropósitos y sus rosas misteriosas y como enfermizas. Hasta que la señal del Dios único llegó con su flecha de dolor.

Después de larga, de penosa enfermedad, Pedro Rivero hizo el recorrido de regreso a la Isla nativa y surcó **El Mar de las Perlas**, en el que, desde la infancia, no había vuelto a extasiarse. Y entonces el mar, la tierra, el cielo y su propio ser le recobraron poderosamente, se impusieron al aventurero y al diletante y le empujaron, inmisericordes, hacia la “propia hazaña”. Como el ahogado aquel de que nos habla el poeta, a quien antes de morir le desfila por el recuerdo “todo su ayer, vertiginosamente”, este prófugo de su vida tuvo que emprender el tremendo viaje de vuelta, y agarrado a una tabla de salvación, se quedó en la meseta que hace el panorama equidistante. De este equilibrio en la existencia, después de velar las armas en la noche de la pesadumbre, surgió la creación serena y severa del poeta, señorial de sonoridades íntimas y desbordada en varoniles maduresces de hombre y de artista.

Estamos ya de pleno en **El Mar de las Perlas**. No podía el poeta dejar de cumplir con la emoción, toda profundidades, del regreso en el que nunca se había pensado. La voluntad de realizar la obra poética no vino del temor de irse con las manos vacías, sino del choque, en el encuentro deslumbrador. El poeta, después, nos ha comentado, como quien hace una confesión, que antes no podía concentrarse –viejas mañas brahamánicas– como queriendo remitir la imposibilidad a circunstancias físicas exteriores. A juicio nuestro, antes de su regreso a la Isla, no podía cantar ni tenía qué cantar. Poder y tema le andaban en el mundo distante que él mantenía sepultado.

El Mar de las Perlas es, a simple apreciación, un tomo de poesía escrita en sonetos endecasílabos, de cuidada factura clásica. En la construcción del verso hay un gran logro de sobriedad y, en numerosas ocasiones, está presente la habilidad del artífice que salva, donosamente algunas dificultades, o salva, con menor fortuna, pero siempre con maestría, esos otros escollos encarnizados de las rimas.

El poeta se mantiene en una línea y en un tono de mesura y va extrangulando su elocuencia, no ya con ese encarnizamiento que es remate del deber, sino con la naturalidad elegante y amorosa del que ha limitado su propósito y conoce el fondo y la significación de lo que persigue.

Hay un timbre de gravedad que nunca se desmiente, un sesgo íntimo de seriedad que desecha lo pueril, aun en el mismo momento de las concesiones formalistas. La lectura deja un sabor hondo y reposado y una gran ola de palpitations afines, de cordialidad que se queda y de meditaciones de noches que también han sido nuestras.

Pero hay otra realidad, hay otro mundo, hay otra marea de fondo, tras la excelencia poética de este mar de sonetos y de perlas. Aquí, con el canto, está también la vida de un hombre, una vida buceada y lograda misteriosamente, una existencia que tenía que reaparecer, en la copa mágica de la poesía, al llenarse de nuevo los ojos en las albas infinitas de la infancia. Todos los sentimientos y todos los elementos del mundo exterior, todo el caudal del ayer lejano y del ayer cercano, las memorias familiares, la pobreza de los paisajes inmortales, el relámpago de las historias heroicas, las plegarias que nos sostuvieron como manos invisibles en los trances de la perdición, las voces humildes y las voces grandes, se reincorporan en el mundo recién creado de estos poemas, en el minuto de transfiguración de cada estrofa.

Con la luz del amanecer ha llegado el anuncio de que pronto se estará delante de la Isla. En ese trance el poeta se siente sobrecogido, hay un temblor de emoción indescriptible y la voz medio descolorida y temblorosa canta la

mañana y la pasión del retorno y en el verso que se busca y que se angustia hay como cierta quejumbre y cosa entrecortada de las oraciones. Y hay infantilismo también, gravedad; y ese desconcierto de preludio que no sabemos si nos va a salir en versos o se nos va a desbordar en llantos. Esta es la entrada del libro. Estos son los primeros sonetos para jalonar la ruta inversa.

Después se sigue el curso natural, el curso que la vida misma se encarga de marcar. Van apareciendo aquellos elementos que influyeron, asimismo, en la otra vida del artista, como aquella hidalga indulgencia familiar que ni supo ni quiso cambiar el rumbo del adolescente. Revive entonces la devoción casera, el fervor para los espíritus rectos y para las almas generosas que supieron darse en sacrificio que no terminó nunca y que concluirá por ser el único reposo seguro que nos dulcifique el rostro en la hora del sueño definitivo. Ya no es la ternura fácil, por lo superficial y por lo expansiva, sino un sentimiento que traduce en la medida, no sólo la propia serenidad, sino la propia eternidad. Porque a estas alturas los sentimientos de tal linaje están por encima de los poetas y de la existencia misma, en sus mejores manifestaciones.

El proceso sigue en su desarrollo natural. De la dulce, hermosa y medio triste prisión familiar, se va, insensiblemente, al regazo de los viejos lugares. Ya el conquistador en su isla, tiene para las ciudades una genuina y recogida arrogancia, que se externa en el trazo noble y en la gran mirada abarcadora. Hay un sabor recóndito de patria, que se espolvorea por estos poemas que se levantan con tierra de construcciones y palpitan de sentimientos altos y multitudinarios. Los puertos, que han envejecido en su pobreza, nos muestran ahora los tesoros que nunca los hubiéramos descubierto, y el pueblo es arcángel que pelea por su eternidad; y que se ciñe, con la mano bronceada y endurecida del trabajo, el laurel inmarcesible que con las suyas atormentadas le aderezó el poeta.

Y los paisajes, y los personajes, y los recuerdos heroicos que son paisajes y personajes distantes, se van sucediendo para completar el cuadro de la Isla

y del **Mar de las Perlas**. Ya las mil bellezas están recogidas y están aseguradas, en la sarta de cada soneto; pero ahora el aventurero vuelve por sus prerrogativas y el alma que ha recobrado y expresado este mundo que mantenía en olvido, casi en muerte, también se recobra a sí misma, y aquí llegamos a la plenitud del poeta que hizo el tremendo viaje de su propio regreso.

Ya habíamos apuntado, con un sesgo de sonrisa exenta de malicia, aquellas veleidades religiosas, aquel diletantismo místico que era una de las facetas del artista, después de sus mareas mundanales y de morbideces intelectuales. Tras aquellas nébulas del Ganges, también existía un sentimiento vivo y extraviado, mixtificado por el esteticismo falso y aniquilador. Ahora, también por camino de buena lógica, vamos llegando a la expresión de una religiosidad retenida, pudorosa y cargada de doliente serenidad humana. Ya no hay el jadeo de oraciones fingidas, sino el espíritu abierto a la grandeza de su Dios. Se sonrío al zurear de las oraciones infantiles y a las flores de inocencia de la fe inconsciente, y se da comienzo al diálogo supremo, bajo la paz inmensa de los cielos, porque se encuentra que se ha comenzado a cumplir y que los grandes muertos, los grandes sentimientos y los grandes recuerdos se nos confunden en el corazón, conturbado de su dolor y de su propia presencia, en la transfiguración de **El Mar de las Perlas**, surcado perennemente por el Arca de los designios divinos. De ella surgirán el alba y la paloma de los mensajes. Y el timonel será el poeta. “Y el gajo de la bíblica columba, lo espigará mirando las estrellas”.

Pedro SOTILLO.

PORTICO

PEDRO RIVERO

Como al numen de Juan de Castellanos,
te asalta Margarita en sus veneros.
Y en el fervor de prodigar luceros,
con locura de bien hundes las manos.

El prodigio difunden océanos
bajo el ritmo cantor de tus veleros,
donde sueñan por claros derroteros
nuevas glorias los nuevos espartanos.

Sobre la enseña heráldica palpita,
junto al nácar de fértil madrepora,
el épico matiz de patrios gules.

Y en tanto el epinicio el alma agita,
un suave iridescer, como de aurora,
en perlas va fundiendo aguas azules.

Luis CHURION.

EL MAR DE LAS PERLAS

PREFACIO

La musa ingenua con amor ensalma
tu sol, tu sal, tu azul de mar y cielo.
Y el ala del crepúsculo en su vuelo
esplendoroso. Y la nocturna calma.

El bronce de tus hijos. Y la palma
procera de las hijas de tu suelo
heroico y dulce. Lírico revuelo
dionisiaco. Aun fiereza y alma.

Por tu limpia virtud de agua salobre,
el metal de la estrofa, simple cobre,
refleja el oro de tu poesía.

La perla tuya le prestó su lumbré.
Y allá, en la cima de estrellada cumbre,
la cruz austral su bella asimetría.

ARRIBO

Sigue el vuelo su sombra diminuta
sobre el mar de zafir y sobre el monte
de esmeralda profusa. El horizonte,
ilímite y brumoso, ancha la ruta.

Al piloto celeste nada inmuta.
Cimas y simas marcan el tramonte
del ser alado, el pájaro bifronte
de sereno estridor y ala impoluta.

Desde su móvil altitud de sueño,
cuán pequeño lo humano, cuán pequeño.
Vira. Deslumbra el sol. Se arremolina

el rumbo. El raudo escorzo aterra.
La isla afortunada se avecina.
Ahí está. Y en silencio exclamo: tierra.

MAR

Hablo contigo a solas, mar informe.
Y el diálogo reanudo de la infancia.
A tu orilla detengo la vagancia
y pauto el pensamiento multiforme.

Mi palabra a los cielos se conforme.
Al aire, portador de la fragancia
de la sílfide oculta. Y a la rancia
canción de la sirena, ser biforme.

Como en las horas de infantil asueto,
un esquife aventuro. Es un soneto.
Obra tardía de la mente ilusa

forjada al ritmo de ejemplar estilo.
Bogue en la calma de tu azul berilo.
A bordo, niña eterna, va la musa.

CARACOL

Aquí en la playa, acércate a mi oído.
Cuéntame de tu ronda en lo insondable.
Del secreto del ponto innumerable.
Y del arcano en el azul dormido.

Del nácar impoluto, concebido
en la concha de luz incomparable.
De la proteica vida formidable
al influjo de un dios desconocido.

Del jardín de coral, donde segura
la anémona del mar florece pura...
Mi ser atisba tu rosada puerta.

Mudo recorre tu espiral preciosa.
Y de encontrar tu cifra misteriosa.
reviva tu clangor el agua muerta.

ISLA

En tu sed infinita del verano
te cubres en verdor de terciopelo,
cuando el agua prístina es don del cielo
y lágrima piadosa del arcano.

Así flotas, jardín del océano.
De tus playas asciende grácil vuelo,
como el albor de nítido pañuelo,
suspiro de la espuma y lo lejano.

Oro solar y argento de la luna
se irisan en la prez de tu fortuna.
Pero el cardo es corona de tu vida.

La espina pertinaz te punza hondo.
Y en el claro misterio de tu fondo
sangra perlas el nácar de tu herida.

MARGARITA

Hiende los aires. Hiende el mar la proa,
Gira y se da multicolor el mundo.
Aro tu vivo azul, Paraguachoa.
Y el corazón abismo en lo profundo.

Te exhumo del recuerdo. Alza la roa
encallada en el fondo sitibundo.
Y prolonga tu cuerpo como boa
de impasible reptar, reptar fecundo.

Esmaltan cielo y mar tu maravilla.
Por tu vela triunfal corta la quilla.
Tu rumbo innumerable cifra el viento.

Perlas cual tú también ciñe Cubagua.
Tu heroísmo solar fraguó el portento.
El agua te circunda. Y pides agua.

CIMA

Dístico de montañas, ponto afuera,
pude ver tus dos cumbres azuladas
entre el istmo de arena y traspasadas
así, de norte a sur, por la flechera.

Azul bajo el azul, azul cimera
flotando en el azul de dilatadas
ondas entre cerúleas alboradas,
como los pechos de la hundida esfera.

Sus gemelos pezones en la altura
se coronaban de sutil albura
con fugitiva gracia de suspiro.

Su leche el fondo siembra de blancos.
Y de ti brotan perlas como flores
en el jardín del interior zafiro.

PORLAMAR

Después de conjurar el tiempo huracán,
eludiendo las sirtes noche y día,
vengo de prolongada lejanía
con el noble bajel limpio de daño.

Así concluyo el derrotero extraño.
Rompe el ancla el zafir. La nave mía
tiene arrimo filial en la bahía,
claro venero del divino antaño.

Nuevo Simbad, ofrezco mi tesoro
por su crepuscular cielo de oro
y margaritas de sus aguas bellas.

Mi cuna de la isla sea mi tumba.
Y el gajo de la bíblica columba
lo espigaré mirando las estrellas.

PAMPATAR

En pos de la salud y desahuciada
un ser, caro a mi ser, halló tu orilla.
Y tu virtud lustral, oh maravilla,
le devolvió la vida ambicionada.

Mi verso paga así deuda sagrada
en lengua franca, noble, sin mancilla.
Delante tu dios lar, prócera villa,
tu farallón y el fuerte de tu rada.

Respiro una vez más tu propia esencia.
Revivo una vez más mi adolescencia.
Y escribo sobre el mar lírica historia.

Si el mar no la preserva en el futuro,
acoja en cambio mi soneto puro
el Cristo sacrosanto de tu gloria.

FARALLON

En su luz, mar afuera, lo contemplo.
La mole colossal erige sola.
Lo irisa el sol. La luna lo aureola.
Le eternidad lo mira como ejemplo.

En su roca lo duro en mí destemplo:
mi sueño de diamante tornasola.
Opuesto al huracán, parte la ola.
Y da al azul su majestad de templo.

Mármol sobre zafir. Clásica albura.
Línea de Partenón pauta su altura.
Su mudez impasible guarda un sino.

Lo describe en su vuelo la gaviota,
cuando en espiras célicas denota
la presencia augural de un dios marino.

ASUNCION

Ciudad, noble ciudad, ciudad antigua.
Alzada aún como reloj de piedra.
Tu columna solar ciñe la yedra.
Y en tu cuadrante el tiempo se apacigua.

El dios del mito es hoy fiera estantigua.
Siega sus hijos y con sangre medra.
Su torbellino pávido desmedra.
Como Luzbel. Y el alma se santigua.

A tu sombra vetusta me retardo,
cual pretérito alción, en vuelo tardo.
Tu castillo será siempre futuro.

Tu soledad y tu silencio, oro.
Tu leyenda y tu paz, regio tesoro.
Y lo eterno, patina de tu muro.

AMANE CER

Yace entre rosas la dormida aurora.
La despiertan su alondra: la campana;
sus clarines: el oro de la diana;
y la estrella del alba: su pastora.

Lises la noche argéntea ya no aflora
en el cielo de limpia porcelana.
Flota el silencio en la extensión arcana
de la marina soledad sonora.

Se apresta el hombre al mundanal ruido.
Persiste el lento, musical tañido.
Y un ruego también pido a un alma pura,

como el poeta en trance lastimero,
cuando no pueda oír el son postrero
en viaje inerme a la ulterior ventura.

SUPERVIVENCIA

Esta es mi cuna y en el mar se aísla.
Su sal desde el bautismo la divulgo.
Nací entre perlas como dice el vulgo.
Y a los cerdos las dí. Son de mi isla.

La ausencia prolongada no me aísla
de sus terratenientes y su vulgo.
Mi fuero liberal noble divulgo.
Mi numen es el faro de la isla.

Los años en mis sienes han nevado.
Mi retorno es un sueño del pasado.
Ya los seres queridos están yertos.

Transito por sus calles día y noche.
Y miro cuando paso, sin reproche,
los muertos vivos y los vivos muertos.

SANTUARIO

Torno hacia ti cansado de la ausencia,
El mundo desgarró la bizzaría
de mi túnica, blanca de inocencia.
Pero me alienta aún la poesía.

Mi lámpara de amor y reverencia
su luz puede ofrendarte todavía.
Mi corazón, su perfumada esencia.
Y mi copa bohemia, su ambrosía.

Torno a tu valle fiel, místico huerto.
Anclo en ti hoy como en seguro puerto.
A ti, joya cimera, me consagro.

El templo es sacrosanta madreperla.
Tú, la perla preciosa del milagro:
perla de oriente, oriente de la perla.

ATAVISMO

Pródigo fuí. La urbe y la montaña,
lejos de ti, secaron la cisterna
viva del corazón, isla materna.
Dame otra vez lo puro de tu entraña.

Dame tus mieles prístinas. Restaña
mi herida. Y gane tu salud eterna.
Quiero cumplir la voluntad paterna
de vela audaz sobre tu azul campaña.

Dame la plenitud de mi destino.
Nací del mar. Sucumbiré marino.
Devuélveme la gracia de tus dones.

Aparta las sirenas de tu mundo.
Y déjame luchar con los tritones
en tu misterio de zafir profundo.

CALMA

La mente ahoga el pensamiento arcano.
El espacio es de tul. El cielo atrista.
Parece el mar un sueño de amatista.
Se fué la brisa y trajo el tiempo vano.

En la cima del quieto meridiano
el sol en mansa luz quiebra su arista.
Y el velero tenaz, contrabandista,
planta inútil veleta al océano.

Destrice el pez el dorso del mar muerto.
El huracán nos dé naufragio o puerto.
Encrespe el agua su zafir rotundo.

Signe el azar centella de heliotropio.
Y surja de la nada de este opio
un vuelo, un norte, un grito, un nuevo mundo.

SIMA

Cuál sueño, cuál ficción, cuál duermevera
me abismó en lo profundo por lo amable:
por alcanzar la perla inalcanzable,
más allá de la quilla y de la vela.

El descenso sin fin siguió la estela.
Temió el vórtice el vértice del cable.
Pero atraía siempre lo insondable
mi ambición de divina bestezuela.

Y sonda humana, hallé mi Tuscarora.
Entre la sombra de presunta aurora
creí palpar el fondo taciturno.

Y el fondo era la nada sin un hito
Ciego, tranquilo, vacuo, el infinito
me miraba con ojos de nocturno.

BONANZA

Esta derrota cristalina alienta.
Y esta aromada brisa susurrante.
Y esta penumbra en iris de diamante.
Y este frescor sobre la mar de menta.

Yace la ola estática y redenta.
Pauta la dicha el tiempo del cuadrante.
Da su fina corola al navegante
la rosa de la calma y la tormenta.

Bajo el azul, sobre el azul tranquilo,
iluminado por un dios berilo
nace y palpita el pensamiento puro.

Anclo a la sombra de dorado toldo.
Olvido es el presente. A su rescoldo
duerme la blanca vela del futuro.

BAÑISTA

En tibio verdemar flota tu albura.
Y eres jardín y flor de su esmeralda.
Nadas supina. Y cada pecho gualda
por el sol, en la cima se purpura.

Sirena estilizada, criatura
ambigua esconde tu ligera falda.
Vas en la concha de tu propia espalda.
Y perlas da tu fina dentadura.

Ningún coral supera el de tu boca.
Su forma sonreída el beso evoca.
Y cuando ríes tu hermosura incita

la ola circundante al mardeleva.
Porque tus atributos son de Eva.
Y ya, rosa del agua, de Afrodita.

PERLA

Mundo, pequeño mundo nacarado.
Suave fulgor en alba de ternura.
Oriente prodigioso de agua pura
donde se espeja un querubín rosado.

Néctar, gota de miel de lo salado.
Sangre, fecunda chispa de la altura.
Leche de mitológica hermosura
y pezón venusino sin pecado.

Rocío excelso, lágrima divina.
Ópalo, nardo, nieve adamantina.
Lucero de la propia madreperla.

Verdad, beldad, bondad, amor, fe sola.
Naufraga en ti lo vano de la ola.
Porque tú eres el alma, oh si, tú, perla.

TURBIO

La concha del joyero cristalino
embellece la playa. Cambia, al verla,
su proteico fulgor la madreperla.
Y parte el doble espejo nacarino.

La atrapa el buhonero del camino.
Y en botones aspira deshacerla.
Así los dos oídos de la perla
no escucharán después el dios marino.

Pero el ojo siniestro la mirada
dirige a la gran joya nacarada.
El agio es su señor. Y el lindo antojo,

mínimo sol de un universo puro,
lo prostituye el traficante impuro.
Y la sangre del turbio es un mar rojo.

CREPÚSCULO

Unge la mar violeta de penumbra.
Cubierto de levísimo sudario,
a lo lejos, informe dromedario,
el cerro de la costa se vislumbra.

Diamante orientador, el faro alumbra
la estela del marino solitario.
El puerto abarca límites de acuario.
Y el azogue del pez salta y deslumbra.

Oro, púrpura, rosa, ya ceniza,
el arrebol se esfuma y eterniza
en la liturgia del color muriente.

Y el crisol de la tarde, fuego ustorio,
ahoga en su celeste purgatorio
el lucero de luz iridescente.

MARGARITEÑA

Te corona la cesta y no te embarga
en cosecha de dátiles y anones,
o un brote de claveles reventones
con uno al flanco de tu crencha larga.

Vas a los puertos donde el sol alarga
entre espumas su mito de tritones.
Sonríes al pasar. Y tus pezones
son ya dos nuncios de materna carga.

Concebir por amor no es un ludibrio,
pienso, cuando contemplo el equilibrio
de la cesta cargada en la cabeza

mientras tus manos tejen al respunte.
Y tan alta culmina tu belleza
como palma nacida en Selinunte.

MARGARITEÑO

Hospitalario, heroico, audaz, sufrido,
alegre, simple, laborioso, austero,
por arte y por instinto marinero,
nunca soberbio pero siempre erguido.

Del agua de los cielos abolido,
en pos se va del surco forastero
en costa firme, o el otro, aventurero,
más allá del confín del mar querido.

Valor fué la virtud del espartano.
Así pudo mirar la muerte ufano.
He aquí la flor de su leyenda pura:

Un niño halló un lobezno. Con arrobo
le oculta bajo el manto. Pero el lobo
lo ultima. Y en silencio se purpura.

LLUVIA

Piloto del arado y de la prora,
surca la mar y la fecunda tierra.
Y la tierra sin agua lo destierra,
porque su predio es zarza abrasadora.

Pero antes de partir presume y ora,
aunque la tierra propia ya lo aterra.
Y el ángel de la nube y de la guerra
rocío le dará, como la aurora.

Desciende en tanto un copo soberano.
Y sobre la ceniza del verano
se agranda al deshacerse el copo agosto.

Si pidió por el surco a un dios bendito,
es llanto de la altura el infinito.
Y la simiente oculta, verde arbusto.

LOPE

Fortunosa la epístola del Ande
a Margarita, la natal estrella,
isla solar, fecunda como bella,
isla de muda sed, por sed tan grande.

Bajo el azul, sobre el azul se expande:
azul de cielo y mar. Y sin querella
aguarda asperges pródigo de aquella
cuyo don celestial su bien demande.

Si el fénix sin igual de sus cantores
le pidiera al amor de los amores
por la perla preciosa, llovería

para la flor procera jamás mustia,
mientras conforto su fugaz angustia
con mi angustia fugaz: la poesía.

CRECIENTE

Con albricias de alegre vocerío
y múltiple clamor como de antruejo,
exclaman la ciudad y el lugarejo:
Ya salió el río: el río, el río, el río...

De la montaña, zarza del estío,
viene cual boa por el cauce viejo.
Y la miseria así copia en su espejo
movible, de uno en otro caserío.

Celeste bendición, riega y abate
encrespado de espumas de granate.
Y ruge y corre y pasa el dios fecundo

para saciar la sed, la sed sin nombre,
como una vez el dios hijo del hombre.
Y el mismo mar lo espera sitibundo.

FARO

Hito eminente de mi edad de armiño,
cuando aspiró mi alma subir sola
tu empinada escalera en caracola
para encender tu luz con el cariño.

Cuántas veces tu límpida farola
en la rauda lisonja de su guiño
me invitó a navegar siendo tan niño,
como a mi padre al fin, rey de la ola.

Vetusto monumento de la playa,
en vano sueñas difundir tu maya
por retener en tu prisión de fuego

la sirena falaz, diosa nocturna.
Ya noche y día, torre taciturna,
no logras ver el mar porque estás ciego

COCHE

Isla yacente y prócer como cedro.
Y como cedro casi purpurina.
Las perlas rosas de tu grey marina
no envidian el diamante, poliedro.

Te contemplo a distancia, sin desmedro,
en tu limpio coral. Ya tu salina
dió su grano mejor por la esterlina
y el tesoro presunto del “San Pedro”.

Férvido evoco el legendario nombre
con el paterno en tu natal renombre.
Y el homónimo así del mar exhumo.

El buque-insignia pasa por tu orilla.
Incensario del tope hasta la quilla,
te cubre y reverencia con el humo.

PADRE

Mi Capitán: a tu recuerdo un faro
erijo en la quietud del mar interno.
Arde en tu amor y del amor materno.
Y en mi vagar es rumbo y es amparo.

Argonauta feliz, el don preclaro
de sirenas salvaste y del infierno.
Y es hoy manzana del jardín eterno,
oro estelar, deslumbramiento claro.

Aguárdame. Por ti sueño la altura,
el vértice ideal del alma pura
en el viaje postrer a mejor vida.

Tu ausente devenir hallaré pronto.
Y como faro del celeste ponto
columbro ya la estrella prometida.

MADRE

Delimita el salón severo espacio.
En su amable interior priva lo recto.
La recia vertical del arquitecto,
con el sudor paterno, alzó el palacio.

Del jardín señorial se oye el batraco
cuando el agua del cielo es don perfecto.
El lirio nos perfuma con afecto,
al claror de la luna de topacio.

Y toca el piano un numen peregrino.
Nos encanta el misterio marfilino.
La sonata ascendente apesadumbra

en su transporte de divino goce.
El reloj familiar suena las doce.
Y tu recuerdo flota en la penumbra.

ENANO

Recuerdo al hombre mínimo, ya anciano,
alerta y rubio, el alma una colmena,
calvo, la luenga barba de azucena,
los ojos de zafir, fuerte la mano.

Patriarca diminuto. Veterano
carpintero, labraba una patena
de dorado matiz o nazarena
cruz al ritual de mi fervor lejano.

Con su velamen de marino brote,
me fabricaba una goleta, un bote.
El cordero de casa lo seguía.

Tuvo una hija, hermosa como Juno,
A Blanca Nieve me la refería.
Y de sus siete enanos era uno.

MONSEÑOR

Contradice al primer evangelista,
por el loor beatífico, el soneto.
Tallo la pizca del cristal escueto.
Y la faceta es luz. Y luz la arista.

Luz pastoral de célica amatista
en su ceniza de dolor discreto.
Virtud de roca viva. Don secreto.
Gloria visible del oculto artista.

Un pescador de fe sencilla y clara
y pétrea y grande, la sonó en la tiara,
vértice, por la cruz, del cristianismo.

Su limpidez divina es flor y escudo.
Y firme santidad. La admiro mudo.
La joya espiritual eres tú mismo.

CUBAGUA

Por el cabo de vida, claro el fondo,
desciende el buzo al antro cristalino
donde el prodigio del vergel marino
florece margaritas en lo hondo.

Por el primor minúsculo, redondo,
nácar de luz, orienta su destino.
Atisba el pez, corsario submarino,
con escamas de argento o quizás blondo.

Taumaturgo paupérrimo del agua,
hollandando los placeres de Cubagua
da con las ruinas de un inmerso mundo.

Y al sol interno de la oculta perla,
mira como gigante madreperla
un castillo encantado en lo profundo.

CONQUISTADOR

Ya concluyó la desigual empresa,
vencido el buen cacique nunca ilota.
En la sombra nocturna ancla la flota.
Arde a babor un astro de frambuesa.

Parte de a bordo un pájaro de presa.
Vuela y persigue la natal gaviota.
La alcanza. Y es más bella en la derrota,
por ser, a más de linda, una princesa.

No le podrá ofrecer sus azahares
sino el cuello ceñido de collares.
Y como prez de su carnal fortuna

dos ojos negros, grandes y tranquilos.
Y arrebató las perlas de sus hilos.
Y a la alteza solar. Brilla la luna.

FAJARDO

Aleación de laureles y de nardo.
La piel de bronce si de bronce el brío.
Y la tizona hiriente como cardo
en sangre caudalosa como río.

Te evoco así, Conquistador Fajardo.
Recio Francisco de este solar mío.
De infanzón y nativa egregio pardo.
Mestizo de libérrimo albedrío.

Converge en ti la humanidad futura.
Lirismo acedo y épica dulzura.
Símbolo de la patria nato y neto.

Por precursor del gualda más el oro
y azul y estrellas del natal tesoro,
guarde tu prez la gloria del soneto.

TIRANO

Ese mar tan azul fué una vez rojo,
cuando el sangriento arribo del tirano.
Ayer y hoy, castigo soberano.
Caín huyendo el implacable ojo.

Y tal baldón contrasta en el sonrojo
con la heráldica piedra del lejano
molino, prez del dios venezolano.
El buen jardín nos da laurel y abrojo.

Crezca solo, rotundo, sin espina,
el árbol del blasón, savia divina.
Florezca entre los astros ascendiendo.

Apague el tope audaz el fuego en fuga,
el fuego fatuo, la infernal oruga.
Y ruja el mar naciendo y renaciendo.

MATASIETE

La leyenda, fragancia de la historia,
perfuma el episodio sobrehumano.
Y la perla del dios venezolano
en su oriente solar fulge de gloria.

La batalla se libra perentoria
entre el nativo y el león hispano.
Y nace del fragor, nuevo espartano.
Como el laurel de la mortal escoria.

¿Armas? El español luciferino
trasto de fuego. Y el arpón marino
el nativo insular, joven Neptuno.

La lid sin par ocurre en Matasiete.
Se nombra así porque un nativo, uno
con el arpón tremendo mató siete.

HEROINA

En la noche solemne blanco cirio.
En la contienda, espiritual varona.
Dulce gacela. Nervio de leona.
Palmera formidable. Y leve lirio.

Flor a la vez de gloria y de martirio.
El púdico azahar y la tizona.
La tierna madre fiel y la amazona.
El sereno recato y el delirio.

La inquietud en el temple de lo estoico.
La piedad en lo duro de lo heroico.
Ceniza de arrebol. Alba luciente.

Y una centella de rubí purpura
sus ojos de celeste criatura.
De tánto ver surgir la sangre ardiente.

ODISEA

La nave mensajera surge sola.
Y evoca la prístina carabela.
El iris estrellado la constela
en el tope de alegre banderola.

El cielo de cristal se tornasola.
Añil de mar. Blancura de la vela.
Oro solar. La fuga de la estela.
Y naufragio de espumas en la ola.

Rubí de ardiente flor sangra la tuna
marginal del armiño de la duna
donde el ave dejó rastros cual lises.

Voló en el trino y suspiró el encanto,
guirnalda alterna de leticia y llanto.
Y en la lira de nácar flota Ulises.

HOMERO

Encarna la leyenda, según creo,
Byron, épico, lirico, inquietante.
Y deshoja en aristas de diamante
su clásica violeta el mar Egeo.

Surta la nave y al fulgor febeo,
en la tregua del ocio militante
está leyendo a prora el navegante.
Homero es dios y numen y trofeo.

De pronto irrumpe un grito, un trueno sordo.
Surge el motín, total motín a bordo.
Se lanza el héroe al mar. Y maravilla

nadando con la pierna ya contusa
y una mano. La otra alza, inconcusa,
el libro sacro. Así ganó la orilla.

BYRON

Cuán bello, cuán aligero el velero.
Todo blanco. Parece una columba.
A su paso la estela se derrumba.
Y de espuma se adorna el derrotero.

Atrás quedó ya libre el mar de Homero.
La lira augusta entre la jarcia zumba.
Al nacer cada ola es también tumba,
En el palo mayor arde un lucero.

Viene en la nave, pulcra como nardo,
su capitán y su señor: un bardo
cuya vida inquietante es miel y acíbar.

Busca la libertad el errabundo.
Y rinde culto al dios del nuevo mundo.
El velero glorioso es el “Bolívar”.

BOLIVAR

Mi admiración se espacia en tu universo.
Ante tu huesa mi fervor se exalta.
Y la estrofa por ti sube más alta,
porque tu gloria es numen de mi verso.

Tu ceniza de dios, de aquí, lo adverso,
voló al cenit y el firmamento esmalta.
Y en la noche mirífica resalta,
polvo estelar por el azul disperso.

Vuelve a nosotros, faro de ti mismo,
relámpago y centella de heroísmo,
luz inmortal, lumínico tesoro.

Vuelve a alumbrar la sombra de tu mundo.
Y aviva nuestro fuego moribundo
con tu rastro de eterno meteoro.

FOSFORESCENCIA

La noche transfigura en un estero
inefable la linfa taciturna.
Vuelca en las ondas la sidérea urna
como si fuera el polen de un lucero.

El barco tras de sí deja un sendero
de plata. Es un jardín la mar nocturna.
Y le abeja de luz, otrora diurna,
busca las mieles del azul venero.

Un racimo de estrellas, titilante,
trueca su gajo en ola delirante.
Y nos embriaga con excelso vino.

Sin saber si las aguas son de pronto
el cielo no si los cielos son el ponto.
Y deslumbra el abismo un dios marino.

VISION

Reclinado en la duna pedí al sueño
la flor nocturna de la madrugada.
Bajo palio de argento vino un hada.
Y en su copa bebí dulce beleño.

Mis ojos abrió luego el sol risueño
y suave en su infinita llamarada
deslumbradora. Viva luz rosada
de pétalos cubría el mar sedeño.

Dormí por contemplar en lo profundo
las perlas sin igual del ultramundo.
Desperté. Ví entre rosas la bahía.

El cielo, en alas del divino coro.
Sobre las aguas, una estela de oro.
Pero el dios estelar desaparecía.

PLENITUD

Cuánto camino andado y desandado.
Cuánto anhelo frustrado y perseguido.
Cuánto castillo alzado y derruido.
Cuánto dibujo ya desdibujado.

Su huella peregrina deja el hado
en la cera irreal de lo vivido,
dédalo cuyo tardo recorrido
es la ruta del dios crucificado.

Dolor, placer, crisol del sentimiento.
Verso y reverso para el mismo argento.
Troquel audaz y fiel del arte corto

y vano al toque de lo eterno y puro.
Guarda treinta años su existir absorto.
Y tres años sin fin para el futuro.

HOMO

Al hacer alto en la primer jornada
emprendida en tu busca y casi al trote,
delante de mi guía y sacerdote
lancé un víctor. Tu luz era rosada.

Más tarde obtuve un cetro en la cruzada,
corona y manto, tras de vil azote.
Tu gloria así gané tinta en achote.
Lancé un víctor. Tu luz era dorada.

Y siempre, en lo visible y en lo oculto,
pues tuyo soy, tu lámpara es mi culto,
cual la justicia en la segur al líctor.

Hoy, como ayer, reanudo la carrera
eterna. Tu infinita primavera
alumbra en mi interior. Y lanzo un víctor.

JESUS

Ego sum via, veritas et vita,
exclamas. Y das lirios de la senda.
Y la verdad, escudo en la contienda.
Y la vida ulterior, pura, infinita.

A ti se acoge el ánima contrita
implorando tu amor, la suma prenda.
Se purifica en la total ofrenda.
Y gana así tu comunión bendita.

Y das los atributos de tu gloria:
resurrección, eternidad, victoria.
Esplende tu gigante margarita.

Tu voz de mensajero nos reclama.
Y en el desierto ahora y siempre clama:
Ego sum via, veritas et vita.

GUIA

Pastor de estrellas, tu cayado inspira
este acento de laude pasajero.
Y la palabra sube a tu madero
como el incienso en la ritual espira.

Sembrador humildísimo, no expira
en mi interior el albo jazminero,
plantado por tu amor de jardinero
al lado de la cruz y de la lira.

Mi devoción jamás conserva aparte
tu presencia en la vida y en el arte.
Ilumina tu luz mi noche oscura.

Y cuanto más me acerco más gozoso
a ti voy, sobre el mar ya proceloso.
Por ofrecerte el alma, perla pura.

ARTISTA

Amabas el laurel como la rosa.
El gajo esclarecido en la cabeza
del paladín y el bardo. Y la terneza
floral en la hermosura de la diosa.

Mármol y bronce diste en verso y prosa.
Bronce y laurel son signos de proeza.
Mármol y rosa, cifras de belleza.
Tus dones eternizas de la fosa.

Tu paso de ateniense no coarta
el suelo de la heroica Nueva Esparta.
Grabaste en un soneto de ti mismo:

Ni voy tras de la gloria ni la eludo.
Está viva la rosa. El mármol, mudo.
Y en el laurel de bronce arde el abismo.

CASTELLANOS

Viertes la milenaria cornucopia,
en fértil narración y fácil verso,
en este azul, zafir del universo,
cuya gloria solar tu rima acopia.

Don varonil tu claro ingenio copia
de la limpia medalla en el anverso.
El don celeste grabas al reverso.
Y perdura el metal con vida propia.

Felipe, tu señor, rey sin segundo,
te dió con nueva patria nuevo mundo
nuevo soñar y nueva poesía.

También te dió su luz la isla cristiana
en lágrima de fe venezolana.
Y es su perla, por lágrima, elegía.

CERVANTES

De la nocturna soledad celeste
en silencio de música inaudita,
por la red estelar se precipita
ténebre azur de vaporosa veste.

Al soplo de la ráfaga del este
el lucero feliz arde y palpita
y deshoja su luz de margarita,
flor submarina y a la par agreste.

La henchida vela triangular se dora
y transfigura en pétalo de aurora.
El bauprés a lo ignoto se dispara.

Sobre las ondas va de tumbo en tumbo.
Y oigo tu verso conjurar el rumbo:
—Sesgo mar, viento largo, estrella clara...

INRI

Rememoro en el tiempo la velada
en íntimo festejo de mi día,
compartiendo con otros mi alegría
y el augurio feliz de mi alborada.

Alguien detuvo ahí mi voz alada
y para siempre la tornó elegía,
iris de tu doliente poesía,
lágrimas de mi anímula rosada.

Desde entonces el cántico me asedia
en patria y flor y lúgubre tragedia.
ausencia maternal, gloria difusa.

Y columbro en tu lírico universo
el laurel y la espina de tu verso
coronando la frente de la musa.

POETA

Bien haya en su ascensión el alma inquieta
y dolorosa y dulce y peregrina.
En este mundo lágrima divina.
El alma niña. El alma del poeta.

Voz auroral de la emoción secreta.
Maga voz sublunar. Voz adivina.
Canta la musa, múltiple heroína
en la virgen, la diosa y la griseta.

Y lucha con el ángel luminoso.
En hórrido combate portentoso,
donde el numen lo libra del estrago.

Logra al fin ascender. Gana la altura.
Y espiga el lauro de una estrella pura
por la escala celeste de Santiago.

RUMBO

Leva el ancla profunda, oh marinero.
Y al ascender su cruz, signe la prora.
A zarpar. Sopla el viento. Ya es la hora.
Mira tu innumerable derrotero.

Tuyos son cielo y mar. Tuyo el velero.
Tuya la noche. Sí. Tuya la aurora:
Tuyo el faro de luz orientadora.
Y tuya la mirada del lucero.

Al timón, capitán de tu destino.
El agua, sortilegio del marino,
oculta una sirena fascinante

entre los albos rizos de la espuma.
Disipa su cantar, como a la bruma,
con tu voz de poeta, oh navegante.

RESIDENTE

No obstante ser del mundo su presencia
en porte, andar, decir y vestidura,
tal vez pudo advertir un alma pura
aquella de remota procedencia.

Su corazón, santuario de inocencia,
manaba noble sangre de ternura.
Encarnación de alada criatura,
ganaba sólo un ángel su eminencia.

Recuerdo su capilla puritana.
Y su congregación americana.
El verbo en su palabra prodigiosa

tornaba lo divino gran don vivo.
El presente, pasado redivivo,
Todo ante el crucifijo. Y una rosa.

REQUIEM

Rasga la nube de crespón nocturno
la luz divina de remota escala.
Su vuelo innumerable es sólo un ala,
ala del pensamiento taciturno.

Abre la rosa del prodigio diurno
en gloria resurrecta de bengala.
Y de la cima de la aurora exhala
el ángel ígneo su clangor diuturno.

Estremece la entraña de granito
el eco musical del infinito.
Y tu espíritu evoco y reverencio.

A través de mil lágrimas de oro,
creo percibirte en el celeste coro,
más allá de la vida y del silencio.

PESCADORES

La ensenada penetra en el estuario
de nieve tropical. Nombro la fina
arena pulcra tras la red marina
tendida al sol, celeste lampadario.

El pez de la abundancia fué denario
de viva plata. Pronto su argentina
virtud el hambre halló. La sed divina
la sacia aún el oro del sicario.

Recordad. Fueron doce en Galilea.
Y vosotros sois más. Ya la pelea
se libra a muerte por el bien fecundo

arriba, sobre el mar y en lo más hondo.
Empuñad el arpón. Herid a fondo.
Dios lo pide. Salvad de nuevo el mundo.

NIÑOS

Alegres y desnudos, cuento once.
Retozan en la playa bajo el cielo
radioso. Y esa gracia del chicuelo,
entre el mar y la tierra hace de gonce.

Sus cabezas reídas nadie tronce.
Bien pudiera tomarlos por modelo
el escultor del ángel: Donatello.
Y ya plasmadas en prístino bronce.

Germen sagrado. Aurora del futuro.
La sangre ardiente. El pensamiento puro.
Tal vez flor de la tribu, como antes,

adornará su gesta el propio friso.
Lo ignoro. Mas el nervio incircunciso
siempre dará a la isla navegantes.

PAN

Hoja de luz bordada en verde raso,
el pámpano feliz la frente orne,
como en la sien de la deidad bicorne,
esencia de la vid, zumo en el vaso.

Si el festín turbador tiende al fracaso
el vino en sangre célica se torne.
Y al padre justo el hijo fiel retorne
en la gloria muriente del ocaso.

Cúmplase al fin la volición pagana,
con pródiga virtud de fe cristiana,
en el árbol, el niño y el volumen.

Un párvulo, un retoño, un evangelio
salvan como en divino perihelio
la misteriosa trinidad del numen.

MIRADOR

Panorama infinito es la ventana
Marco de líneas rectas la perfila.
Y su señera claridad rutila
al paso de la nube gris o grana.

El cielo austral, en progresión lejana,
de lo cimero abarca su pupila.
Mira en parte morir la tarde lila
y nacer entre rosas la mañana.

Perpetua gracia de la primavera,
la festona florida enredadera.
Su misterio le da la noche bruna

si la centella irrumpe en trueno ronco
o la cruz estelar pende en lo bronco
del abismo en un rayo de la luna.

LAGUNA

El proteico cristal duerme tranquilo.
En su mágico espejo alucinante
se mira el cielo azul con el diamante
del sol en una fragua de berilo.

Gana el bote la margen, con sigilo.
Y en las algas del fondo fascinante
ve arrebuja la altitud distante
en el seno de glauco peristilo.

Cuando la tarde vuelca su tesoro
es joyero de púrpura y de oro.
El vuelo de la garza copia en una

saeta y lo prolonga lentamente.
Concha nocturna, en su rosado oriente
refleja al fin la perla de la luna.

BALANDRA

De tarde, cuando el sol en fuego suave
quema la orobia vespéral y expira,
al resplandor de la celeste pira
vengo a la playa a verte, linda nave.

Tu recato purísimo de ave
ignora aún la tormentosa ira.
Y el horizonte al parecer suspira
con el presentimiento de lo grave.

Un día, la bandera por corona,
te miraré, de blanco, henchir la lona,
con nostalgia de antiguo marinero.

Y al desposarte con el mar sin bruma,
su cola inmensa te dará la espuma.
Y su velo el azul, con un lucero.

AMBICION

Constrúyeme un bajel, oh carpintero.
Ni pequeño. Ni enorme como nave.
De la popa al bauprés tal como un ave,
Y un ave de la quilla al mastelero.

Flote grácil, aligero, señoero.
Con la sonrisa de la espuma, suave.
Con la pérfida sirte, alerta y grave.
Yo mi vida la doy por un velero.

De blanco en lo visible el casco. Y cobre
donde invisible surca lo salobre.
Ize en el tope la bandera diurna.

Y en la ténebre noche, luz proficua.
Voy a partir sobre la mar ubicua.
Mi bajel es hogar, labor y urna.

AVES

Témpano boreal miente el islote
en el tórrido azul acantilado.
Lo ciñe verde vivido, irisado.
Y los encajes de la espuma a flote.

La luz solar en meridiano brote
transfigura su albor anacarado.
Parece un bergantín desmantelado
y perpetua atalaya del brisote.

Pero lo blanco del peñón marino
son alas migratorias. Peregrino
refugio dan sus rocas al portento

de aves sin fin, más un nidal seguro.
Si lanza el caracol su grito duro
el albo islote volará en el viento.

ALCATRAZ

Irrumpe en tardo vuelo al meridiano
y sobre el mar de verde maravilla
se desploma de súbito a la orilla
aparatosamente el pelicano.

Flota grave, señero, soberano;
pero a la vez con gracia de barquilla.
Se alza y de nuevo, vira, cae y pill
el azogue viviente y cotidiano.

El pez el pico inmenso colma. Y rueda
cual si fuera automática moneda.
Y si la pesca es nula, en mala hora,

se abrirá el vientre y a la prole implume
su vida le dará. Y así resume
la otra divina, eterna y redentora.

GALLO

El plumaje de sol. Sangre la cresta.
Oro la fina pata y oro el pico.
Porte marcial. La cola de abanico.
Y la espuela filuda espada enhiesta.

Aviva el insular la antigua fiesta
del espartano, cuya prez publico.
A su gallo mejor va, pobre o rico.
Y aventura la vida con la apuesta.

En la calle, en el ruedo, en la casona,
el paladín plumado lo blasona
de heroísmo silvestre y sacrosanto.

Y si viaja, también porta y escucha,
como heraldo fraterno de la lucha,
el clangor peregrino de su canto.

ZAMURO

Ni el murciélago ruin, ni el torvo cuervo,
tus pares en el reino de lo oscuro,
compiten con tu lóbrego conjuro,
ser miserable, pájaro protervo.

Ningún poeta de la sombra, observo,
se atrevería con el negro impuro
de tu plumaje vil, fosco zamuro.
Pues con sólo intentarlo aquí me enervo.

Tu pesadilla audaz siempre retoña.
Ya estás así rondando la carroña.
Pútrido vaho de ti mismo exhalas,

ojo avizor, sin el más leve grito.
Y sin embargo, enterrador maldito,
una cosa te envidio y son las alas.

ARBOL

Ni la cuna auroral, ni el fuero noble,
ni la nave feliz, ni la postrera
para viajar a la región cimera
con el cuerpo mortal ceñido en roble.

Ni el hacha vil quitada al hijo innoble
al desprender la rama postrimera
y enarbolar fatídica bandera
tinta en la sangre de su ruin mandoble.

Ni el chasquido infamante de la fusta
contraria al triunfo de la causa justa,
nada, árbol bello y grande y verdecido,

intentará abatir tu ser gallardo,
si por el canto puro vive el bardo
y sostienes aún pájaro y nido.

EGLOGA

Tras las hojas la luz borda en encaje
de reflejos inmóviles el suelo.
Y la turquesa diáfana del cielo
cubre de paz la gloria del paisaje.

La esmeralda florida del ramaje
acoge en giro tornasol el vuelo
de una torcaz con ojos de recelo
y claros de rubí, terso el plumaje.

Busca en la soledad un dios oculto.
La quietud matinal propicia el culto
del dios silvestre al pájaro en la fronda.

Y al evocarlos en sonos sensitivos,
con la cadencia de su flauta honda
puebla el bosque de puntos suspensivos.

PASTORAL

(Motivo de Jean Moréas)

Ayer tarde en el bosque, sin testigos,
por cierta ruta, cauce de mi pena,
a la luz otoñal, luz de azucena,
de pronto vi tres sátiros amigos.

El primero, el mayor, por tales trigos
portaba un odre, un ánfora morena.
El segundo blandía, como antena,
un gajo esbelto de menudos higos.

El tercero, en montículo cercano,
produjo de su flauta un son liviano,
un ritmo de melódicas angustias.

Tiran sus compañeros gajo y odre.
Y danzan lejos de la humana podre
con el revuelo de las hojas mustias.

SIESTA

Visión de ingente paz ciñe el ataire,
la inmensidad por limite y por veste.
Al lento sol en el azul celeste
la nube de algodón teje un donaire.

La cigarra sin fin se oye al desgaire
al sur, al este, al norte y al oeste.
Del cenit al nadir raya su agreste
vidrio el tórrido espacio. Duerme el aire

El follaje suspenso, esmeraldino,
es un edén de alas y de trino.
El ánima se abisma en la espesura.

Deslumbra el sortilegio de colores.
Y en éxtasis de diurnos ruiseñores
la flor primaveral sueña y fulgura.

CARDON

La isla solar su vasta sed apura
suspirando por lluvia y por rocío,
pizca irisada de diamante pío,
joya surgida de la noche oscura.

Sólo tú elevas cetro de verdura
en la desolación del campo mío.
Lanzón viviente. Fiero desafío
erizado de espinas de bravura.

En el letal deslumbramiento gualda,
te da el mar su frescura de esmeralda.
Y por cimera, huérfana de hoja,

luces cual margarita don celeste.
Muere la flor y brota de su veste,
sangrando mieles, una perla roja.

PAPAGALLO

De los múltiples juegos de la infancia:
trompo, zaranda, misa, bicicleta,
bote, metras, tambores y corneta,
ninguno iguala el tuyo a la distancia.

Portabas muchas veces la arrogancia
de un acero en tu cauda de cometa.
El volador extraño era la meta,
víctima de tu propia petulancia.

Multicolores, blancos, cimarrones
por su recio mugir de cigarrones,
poblaban el azul como en un mito.

Y el papagallo en alas de ventura
remontaba su alegre travesura
como un ave sedienta de infinito.

COHETE

Con un soplo ascendente barre el suelo
y nos circunda en fugitiva nube
de pólvora odorante. Sube, sube.
Y su dorada espiga toca el cielo.

Al dar contra el cerúleo terciopelo
se deshace en las iras de un querube.
Estalla. Y de su vida pensar hube
como transfigurada en asfodelo.

Una raya de tiza luminosa
marcó su linda suerte esplendorosa
en artificio de estelar suspiro.

Por celebrar la gloria de su encanto
el gozo humano lo convierte en llanto
de perlas sobre el agua de zafiro.

CANCION

Busqué las islas del soñar tranquilo
por dar sosiego y paz a mis enojos.
Y así arribé con ánimo intranquilo
al claro puerto de tus grandes ojos.

Dejé horizontes sobre el mar berilo.
Y férvidos miraron mis antojos
del sol el disco y de la luna el filo
en el cielo profundo de tus ojos.

Pasó con vuelo cantarino el viento.
Eco en tu alma despertó el concento.
Y volviéronse lirios los abrojos.

Tal fué como por mar y cielo y aire
dí al fin sin pretender, como al desgaire,
con el prodigio de tus bellos ojos.

MADRIGAL

Ya se posa mi numen en la rama
florida de tu canto. Ya el salterio
espigado en tu voz busca el misterio
nocturno. Al fin el ruiseñor te ama.

La regia palma de tu ser me llama.
Y culmina en el claro monasterio
de tu oasis. Saluda el cementerio
de mis muradas horas en la grama.

Silencia luz tu ingente melodía;
y mi gozo otoñal, la poesía.
Tu elevación es magia de ternura.

Columpia el vuelo un pájaro de oro.
Y surges alba, del celeste coro,
en música de leve partitura.

SIEMPREVIVA

Ya te vas para siempre, siempreviva,
del claro cementerio enjalbegado.
Infierno y purgatorio a nuestro lado
vuelven el paraíso llama viva.

No he de tornar a verte, siempreviva,
como a la flor el gusanillo alado
y el colibrí de luces irisado,
bajo el supremo sol, como alma viva.

Fugaz visión. Tu idealidad remota
fué en mi existir victoria de ala rota,
desnuda entre la veste cristalina.

Sin deslumbrar aún, lirios destellas.
Fuiste alabastro y luz, mármol en ruina,
vuelo augural, candor de mis estrellas.

CEMENTERIO

Aquí está el corazón del aislamiento.
El silencio interior sus muros ronda.
Los pájaros dormidos en la fronda.
La rosa sublunar ida en el viento.

El mar trueca en la playa su lamento
por encajes de luz. El aire ahonda
en intento fugaz la ubicua onda.
Y en sí de sí se fuga el pensamiento.

Este refugio, como de basalto,
es la paz y es el eco de lo alto.
Lejos, la vanidad incompatible

en su pomposo ruido se derrumba.
Aquí el ángel inmóvil de ultratumba
da en estrellas su música inaudible.

COLUMBARIO

Signo postrer, postrer signo doliente,
alma de luz y carne de carcoma,
en ceniza de fénix y paloma
cubre de contrición al penitente.

De oscuro barro y linfa de nepente
la flor de la belleza da su aroma.
Del arraigo profundo el tallo asoma.
Y se ve naufragar en la corriente.

Forman la cruz, el pétalo y el ala.
El canto de la vid el mosto exala.
Paráclito sentir es la blancura.

El cielo se desgaja en verde olivo.
Y desciende la paz a la clausura
donde guarda el candor mármol votivo.

FIN

Vine y soñé. Tal vez ni derrotado
ni vencedor lumínico me ausento.
Pero feliz las alas doy al viento,
tras de vivir de nuevo en el pasado.

Coral en laberinto desandado,
difunde el corazón su manso aliento.
Luz de diamante alumbra el pensamiento.
Todo gracia materna al hijo amado.

La perla rosa de tu interno mundo
siempre ha de ser mi símbolo profundo,
alma de tu misterio cristalino,

tuya y por tí guardada en lo más hondo.
Me orienta el sol en el poniente blondo.
Amar, soñar, volar: tal es mi sino.

COLOFON

El espíritu fiel inspira el canto
cuando experto el buril cumple la norma.
Y la emoción fugaz busca la forma
eterna en su irreal y breve encanto.

Del alma sensitiva fluye el llanto.
Y en diamante perfecto se conforma.
En su correr mirífico transforma
la rosa del pecado en lirio santo.

Tal sortilegio la emoción contrita,
como en tu ser, trasmuta en margarita
del campo verde y del azul venero.

Y en un soneto, al par, como ninguno.
Si deshojas sus versos, uno a uno,
el último te dice: yo te quiero.

EPILOGO

EPILOGO (*)

Después de oír, en honor de mi libro, el soneto magistral de Luis Churión —lauro apolíneo de hidalgo poeta— no podría yo, al rendirle perdurable gratitud, sino implorar la indulgencia del culto auditorio por la magra recitación emocionada de mis sonetos en loor de Margarita y el Mar de las Perlas.

Los escribí hace poco en la isla natal, bajo su azul radiante, frente a su azul radiante, cuando convalecía en sosiego inspirador, luego de haberme hallado a la orilla de otro mar profundo: la muerte. Así, ya salvo, me puse a cantar a ejemplo del ronsardiano trovador **qui sonnet le sonnet**.

Pronto aparecerán en forma de libro y en número impar: son ochenta y uno. Pero no temáis: no fatigaré ahora vuestra atención sino con la lectura de unos pocos. Al darles forma —y la forma por cierto más exigente— me ajusté a los cánones de la preceptiva, desdeñada otrora por mi juvenil entusiasmo.

El soneto, es sin duda, la prueba suma. Implica, desde luego, el don de síntesis. Bardos insignes han cantado su logro feliz. Recordad, si queréis, a Dante Gabriel Rosetti:

A sonet is moment's monument.

A tal fin, me aventuré, de fijo, a la supresión absoluta del **que** gramatical en sus múltiples acepciones y consecuencias. Mi libro, pues, es un libro sin **ques**. (Ojalá sea para el público un libro sin **peros**). Prurito o cálculo, tuve el **que** —a imitación de egregios hablistas— como causa prolija de la

(*) Comentario leído al comienzo de una emocionada recitación del autor en el Instituto Cultural Venezolano-Británico de Caracas; y donde explica sin embajes, la génesis de este libro.

oración. El procedimiento lo empleó, en efecto, con pulcro éxito, nuestro inolvidable escritor Ramos Sucre, miniaturista consumado de lindos poemas en prosa, esmaltes exóticos de su mundo interior resumidos en marcos de austera elegancia.

Además, en los cabos de los versos, en los consonantes de cada uno de mis sonetos, hice recaer el debido acento grave en la alterna diversidad de las cinco vocales, regla no observada siempre por sonetistas excelsos. No se achaque la advertencia a vana presunción de mi parte. Apunto sólo una ocurrencia literaria. De tal suerte, la retórica empresa me resultó trabajo ímprobo, Y recurrí, sin titubeos, al calumniado y socorrido Diccionario de la Ritma. No esperéis de mi confesión más cándida.

Si, con todo, no logré realizar perfecta obra de arte, he cumplido, al menos, una labor desinteresada, un juego amable con las musas esquivas, para recrear, a mi vez, a las almas afines “en el mismo intelecto de amor”.

Cuanto al fondo, lo esencial en definitiva, puse en mis sonetos un ledo vino nuevo: el vino nuevo de los odres viejos, remozándolos. O el agua de Juvencia en el ánfora antigua:

con resabios de múcura criolla,

según reza el final del soneto primoroso de Díaz-Rodríguez, modelado por el grande artista con el barro prístino de la patria.

La poesía es la miel de la vida. Profesarla hoy es como una protesta inmarcesible contra la barbarie arrolladora. Saludemos aquí, en este rincón propicio, su clara presencia, en nombre de Nuestra Señora la Belleza. Saludémosla, digo, con el grito inefable del Cisne de Avon:

Beauty—whose power is not stronger than a flower.

INDICE

	Pág.
Dedicatoria	7
Prólogo	9
Pórtico	18
Prefacio	21
Arribo	22
Mar	23
Caracol	24
Isla	25
Margarita	26
Cima	27
Porlamar	28
Pampatar	29
Farallón	30
Asunción	31
Amanecer	32
Supervivencia	33
Santuario	34
Atavismo	35
Calma	36
Sima	37
Bonanza	38
Bañista	39
Perla	40
Turbio	41
Crepúsculo	42
Margariteña	43
Margariteño	44
Lluvia	45
Lope	46
Creciente	47
Faro	48
Coche	49
Padre	50
Madre	51
Enano	52
Monseñor	53
Cubagua	54
Conquistador	55
Fajardo	56
Tirano	57
Matasiete	58
Heroína	59
Odisea	60
Homero	61
Byron	62
Bolívar	63

Fosforescencia	64
Visión	65
Plenitud	66
Homo	67
Jesús	68
Guía	69
Artista	70
Castellanos	71
Cervantes	72
Inri	73
Poeta	74
Rumbo	75
Residente	76
Requien	77
Pescadores	78
Niños	79
Pan	80
Mirador	81
Laguna	82
Balandra	83
Ambición	84
Aves	85
Alcatraz	86
Gallo	87
Zamuro	88
Arbol	89
Egloga	90
Pastoral	91
Siesta	92
Cardón	93
Papagallo	94
Cohete	95
Canción	96
Madrigal	97
Siempreviva	98
Cementerio	99
Columbario	100
Fin	101
Colofón	102
Epílogo	103

Se terminó esta edición en los
talleres de la Editorial
“Elite”, de Caracas,
Venezuela, S. A.,
el día 1º de
mayo de 1943.

CUADERNOS LITERARIOS
DE LA ASOCIACION
DE ESCRITORES VENEZOLANOS

PUBLICADOS:

- Nº 1.- “FOGATA”, comedia, dramática, por Julián Padrón 1.000 ejemplares. (Agotado).
- Nº 2.- “AMBITO Y ACENTO”, ensayo, por Ramón Díaz Sánchez. 1.000 ejemplares. (Agotado).
- Nº 3.- “TAMBOR”, poemas para negros y mulatos, por Manuel Rodríguez Cárdenas. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 4.- “TRES CUENTOS VENEZOLANOS”, por Guillermo Meneses. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 5.- “ESTUDIOS CRITICOS”, por Jesús Semprúm. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 6.- “ALVARO GUAICA”, novela por Nelson Himiob. 1.500 ejemplares.
- Nº 7.- “LA RESPUESTA DEL OTRO MUNDO”, sainete por Leopoldo Ayala Michelena. 1.500 ejemplares.
- Nº 8.- “JUAN VICPENTE GONZALEZ”, ensayo por Víctor José Cedillo. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 9.- “CINCO SINFONIAS”, poemas de Antonio Arráiz. 1.500 ejemplares.
- Nº 10.- “AGUA SALADA”, cuentos por José Fabbiani Ruiz. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 11.- “OJEADA AL MAPA DE VENEZUELA”, ensayo por Enrique Bernardo Núñez, 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 12.- “CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA MUSICA EN VENEZUELA”, por José Antonio Calcaño (Juan Sebastián). 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 13.- “ANDANZA”, poemas, por Pedro Sotillo. 1.500 ejemplares. (Agotada).
- Nº 14.- “PARASITAS NEGRAS”, sainete, por Julián Padrón. 1.500 ejemplares.
- Nº 15.- “PONZONAS”, cuentos, por Pablo Domínguez. 1.500 ejemplares.
- Nº 16.- “NUEVOS POETAS VENEZOLANOS”, notas críticas por R. Olivares Figueroa. 1.500 ejemplares.
- Nº 17.- “VOZ AISLADA”, poemas, por Enrique Arvelo Larriva. 1.500 ejemplares.
- Nº 18.- “VIAJE STENDHALIANO”.- Tres ensayos sobre la psicología amorosa del Libertador, por Luis Correa. 1.500 ejemplares. (Agotado).
- Nº 19.- “DOS NOVELAS CORTAS”, por Joaquín González Eiris. 1.500 ejemplares.
- Nº 20.- “TENDENCIAS DE LA LIRICA VENEZOLANA”, ensayo, por Julio Planchart. 1.500 ejemplares.
- Nº 21.- “MALA SIEMBRA”.-Comedia dramática en tres actos, por Luis Peraza. 1.500 ejemplares.

- Nº 22.– “LAS TORRES DESPREVENIDAS”, poemas, por Jacinto Fombona-Pachano. 1.500 ejemplares.
- Nº 23.– “PANCHO URPIALES”, cuentos, por Arturo Briceño. 1.500 ejemplares.
- Nº 24.– “UN VIAJE Y SEIS RETRATOS”, ensayos, por Mariano Picón Salas. 1.500 ejemplares.
- Nº 25.– “LA VIRGEN DEL CARMEN”–“VIVIR PARA LOS DEMAS”, comedias por Eduardo Innes González. 1.500 ejemplares.
- Nº 26.– “RONDA”, poemas, por Luz Machado de Arnao. 1.500 ejemplares.
- Nº 27.– “EL DOCTOR AGUIJON Y SU AYUDANTE”, por José Salazar Domínguez. 1.500 ejemplares.
- Nº 28.– “ESTUDIOS SOBRE POETAS VENEZOLANOS”, por Pascual Venegas Filardo. 1.500 ejemplares.
- Nº 29.– “POETA, NUBE E HIJOS”, prosa antológica, por Luis Fernando Alvarez. 1.500 ejemplares.
- Nº 30.– “SELECCION POETICA”, por Francisco Caballero Mejías. 1.500 ejemplares.
- Nº 31.– “PEQUEÑA INTERPRETACION FILOSOFICA, ACERCA DEL ESTADO”, ensayo, por Guillermo Fuentes. 1.500 ejemplares.
- Nº 32.– “SOBRE EL ROMANTICISMO Y OTROS TEMAS”, ensayos, por Luis Beltrán Guerrero, 1.500 ejemplares.
- Nº 33.– “EL POLO NEGATIVO”, comedia, por Eduardo Calcaño. 1.500 ejemplares.
- Nº 34.– “PAJARO DE BARRO”, poemas, por Genoveva de Castro (Yajaira). 1.500 ejemplares.
- Nº 35.– “CHIMO Y OTROS CUENTOS”, por Arturo Croce. 1.500 ejemplares.
- Nº 36.– “ESTUDIOS FILOLOGICOS SOBRE LETRAS VENEZOLANAS”, por Ulrich Leo. 1.500 ejemplares.
- Nº 37.– “TIERRAS Y HOMBRES” Reportajes Líricos, por Oscar Rojas Jiménez. 1.500 ejemplares.
- Nº 38.– “LO QUE LE FALTABA A EVA”, comedia, por Aquiles Certad. 1.500 ejemplares.
- Nº 39.– “EL MAR DE LAS PERLAS”, sonetos, por Pedro Rivero. 1.500 ejemplares.

Próximo
Cuaderno Literario

**“Un Pretendido Intérprete
Suramericano de Spinoza”**

por Gabriel Espinosa.

Cuadernos Literarios

POESIA

NOVELA

CUENTO

TEATRO

ENSAYO

CRITICA



**PUBLICACION MENSUAL
DE LA
ASOCIACION DE ESCRITORES
VENEZOLANOS**

VALOR: Bs. 0,50